

«Cualquier animal, acechado o acechante,
necesita de la fantasía para sobrevivir».

Noche, noche, noche

Diana Obando

Noche, noche, noche



Alianza Voces

Esta obra se publica mediante acuerdo con Hachette México, S. A. de C.V.,
Ciudad de México, México.

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de colección: Manigua

Ilustración de portada: *Floriae Columbiae. Terrarumque adiacentum.*

Specimina Selecta. H. Karsten

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2025, Diana Obando en acuerdo con Gaeb & Eggers Literary Agency

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-323-5

Depósito legal: M-13339-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

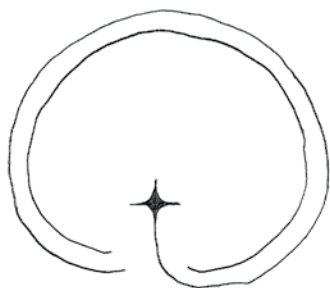
A Julio Paredes, *in memoriam*. Por ser
la primera persona que creyó que esta novela
podía escribirse y por los libros sobre sueños
que no tuve oportunidad de devolver.

A Mario Aguirre y Óscar Campo,
por leer desde el principio.

«Cuando el quinto mundo se formó no había casas todavía, entonces se hizo la primera, pero no con bejucos y paja, sino en *aluna*, en el espíritu no más. Ya había gente en ese mundo, pero solo tenían pies, no tenían ni ojos, ni narices. Tampoco existía la palabra, así que la Madre mandó que la gente hablara y la gente habló. Fue la primera vez que la gente habló. Pero como no tenían lenguaje todavía, iban y decían: *Sai, sai, sai* (noche, noche, noche)».

Cosmología Kogui

Obligarse al calor



Para trabajar con los sueños se necesita sensatez más que ninguna otra cosa. Cuando una persona no distingue lo que percibe de lo que imagina en su deseo de percibir, tiende a confundir el misterio con su propia agitación mental. Hasta cierto punto, las ilusiones son útiles: figurarse una multitud de ojos bajo las aguas de un estero o una respiración inquieta en el vaivén de un arbusto puede salvar la vida. Cualquier animal, acechado o acechante, necesita de la fantasía para sobrevivir. El problema empieza cuando no se ejercita en el discernimiento. Así, una persona poco entrenada podría darles demasiado crédito a los mitos que corren sobre la meseta.

Si alguien la sobrevolara, vería que la meseta traza un óvalo circunvalado por montañas y que el pasto llena su interior con un verde pálido y homogéneo, interrumpido únicamente por la casa, ese signo humano fuera de lugar. Algunos campesinos dicen que la meseta es el cráter de un volcán inactivo y unos pocos, los más viejos, que era un gran lago donde solían pescar. Sara no cree que haya sido ni una cosa ni la otra porque el sue-

lo es demasiado yermo. Parece más bien que hubo muchos años de deforestación y que la acidez afincó en la tierra haciendo que solo crezca un pasto africano grueso y corto, del que llaman kikuyo, y en las zonas que se inundan en invierno, paja de páramo y chite. Todo ese espesor a ras del suelo, rodeado, en contraste, por montañas con árboles de encenillo y colorados, da la impresión de que en la meseta hubo algo muy grande y que su huella es todavía visible. Por eso es fácil suponer que debajo haya un lago o un volcán, pero ella sabe que estas son solo imágenes caprichosas, parentescos que la cabeza se la pasa buscando. A veces incluso duda de haber escuchado estas historias; tal vez ella misma las fabricó. Y si decidiera aceptarlas, si de verdad creyera que hay un volcán, correría el riesgo de atribuirle ciertas cualidades del suelo a este motivo. Podría imaginar que de la tierra emana un calor, que hay zonas donde llega a quemar los pies, que las hortalizas no crecen por causa de las altas temperaturas subterráneas. Podría incluso llegar a suponer que en la meseta hay un espíritu tutelar que reprueba la casa y el arrasamiento que ella trajo. Basta percibir un ligero cambio en el ambiente para atar cabos con suficiente velocidad para enloquecerse. Por eso Sara cuida celosamente lo que piensa. No es que se haya vuelto escéptica, o que esté tan paranoica que supervise sus propios pensamientos, pero se cuida mucho de atenerse a los hechos. En eso, es muy distinta de Tomás. Él dejaba que las ideas lo gobernaran y ahora está comido por los sueños. No lo juzga, sin embargo. Es imposible cartear por dónde va a terminar cediendo la cabeza, qué de una persona se disolverá al migrar a los lugares a donde ellos han llegado. Ella misma no se ha cuidado lo suficiente, las plantas le han provocado una amnesia caprichosa y no puede recordar cómo ir de la meseta hasta el pueblo. Recuerda lo demás, pero no alcanza

a hacerse una idea concreta de ese trayecto. Desde que Tomás se fue solo intenta reconstruirlo.

En el extremo occidental de la meseta hay un camino, el camino del Guayacundo, que lleva al pueblo y que, según dicen, fue usado por los indígenas para el comercio de sal durante siglos. La casa queda en el extremo opuesto del camino, al oriente, a unos trescientos metros atravesando la sabana. Hay vestigios de algunos otros caminos en las montañas que rodean la meseta, pero estos simplemente se deshacen en el páramo. Hacia el oriente y hacia el sur solo hay bosques de frailejón, durante muchísimos kilómetros, hasta que la cordillera termina y uno desciende por el piedemonte hasta la selva. El camino del Guayacundo es la única ruta hacia el pueblo y hacia cualquier asentamiento humano; pero, además de donde empieza, Sara no recuerda mucho sobre él. Sabe que toma una jornada entera bajar y está bastante segura de que es fácil perderse. Hay tramos en piedra que de repente desembocan en bosques densos, donde difícilmente una se orienta sin conocer. Además la montaña serpentea de formas engañosas; hay que saber cómo flanquear los barrancos y las zonas en que el río no se puede pasar caminando. Estas son precisamente las cosas importantes que no recuerda. No puede reconstruir en qué lugares se suspende el camino y cómo atravesar esos tramos.

Acostada a oscuras en la cama, dibuja mentalmente el mapa y prende la linterna solo cuando va a anotar los detalles relevantes en la libreta en la que Tomás llevaba el registro de sus sueños. Le es fácil reconstruir el trayecto de la sabana: la uniformidad del pasto, los puntos arenosos donde no crece nada, los trechos forrados en chite y cadillo, el vergel de borracheros y uña de gato, la vista de la casa desde el extremo opuesto; pero no recuerda qué sigue una vez que empieza el Guaya-

cundo. A veces se le presentan imágenes, como instantáneas, de otros pedazos, más allá del camino. Se acuerda de la carretera que está al final: puede visualizar el asfalto negrizo que se desmorona en las orillas cuando ella raspa con las botas mientras esperan el colectivo. Entonces recupera la sensación de la llovizna en la piel, las gotas afiladas de tan frías, el picor en la cara. Recuerda el paradero improvisado con palos de guadua y un plástico negro que Vladimir tendió y prometió cambiar por una teja de zinc, porque a veces llegaban mucho antes de que pasara el colectivo que bajaba para el pueblo y la lluvia sabía soltarse, de manera que esperaban dos, tres horas, asediados por las goteras mientras al techo le crecía una barriga brillante de lo tensa. Ese arreglo, sin embargo, nunca llegó a hacerse porque a Tomás le parecía un capricho. Como sea, del paradero en adelante todo es fácil. El colectivo pasa siempre a las nueve de la mañana y el trayecto dura más o menos una hora hasta que aparece el pueblo en el entresijo de dos montañas. De ahí en más, Sara recuerda incluso el olor a humedad y a cebo que exhalaban los puestos de la plaza de mercado, donde comían de pie, en platos de plástico fucsias o naranjas que fulguraban como objetos imposibles sobre el gris parejo del cemento. Recuerda el calor que despedía la estufa, el sonido de la lluvia que arreciaba afuera y la satisfacción animal y simple de estar guarecidos y llenos. Puede ver a Tomás beber de la botella de chirrincho, las muchas plantas apretadas dentro del cristal. Ve a Vladimir, hundido en su chaqueta, alumbrado por la mansa luz amarilla; lo ve salir del pasmo, de repente, como arrojado al agua por el abrazo inesperado de Tomás, que lo besa en las mejillas, eufórico, en ráfagas que alterna con sorbos de chirrincho. Los ve a ambos, el rubor de Vladimir, y a ella misma, que alza su vaso y sonríe por la feli-

ciudad, pasajera pero completa, de haber recogido la primera cosecha de sachá inchi.

Sara se sienta y prende la linterna para obligarse a pensar en el camino. Revisa las últimas anotaciones que hizo, escribe la fecha aunque no está segura de que sea correcta y tacha algunas cosas que puede estar inventando. Desde que Tomás se internó en el monte, ella volvió a llevar la cuenta de los días y se ha propuesto bajar al pueblo el 21 de junio, aun si él no ha regresado, e incluso si para entonces no ha podido recordar cómo es el camino. Cierra la libreta y apunta la luz hacia la puerta del cuarto: tiene que ir a la huerta a buscar comida.

Va hasta la cocina, arrastra la mesa del comedor para que coincida bien con el agujero en el techo y se para encima. Deja la linterna encendida sobre la mesa y estira los brazos para palpar las vigas. Corre la calamina con la cual cubre el agujero que ahora hace las veces de entrada a la casa. El agua empozada le cae encima y la luz entra, lechosa, alumbrando el interior de la casa. Durante un instante le duelen los ojos y parpadea para acostumbrarlos. Es de día; probablemente sean las siete de la mañana. Baja de la mesa. Se pone un pantalón adicional y una chaqueta y sobre ella el impermeable con capota que le llega a las rodillas. Se amarra el cinturón del machete, guarda la linterna en el bolsillo de la chaqueta y anuda el aguayo para cargarlo terciado como una mochila. Para salir por el agujero en el techo, pone encima de la mesa una silla, se trepa, se agarra de una de las vigas de madera y jala su cuerpo hacia afuera. Apenas cabe. La esterilla le araña la piel y, con algo de esfuerzo, la atraviesa. Entonces siente el golpe del viento frío. Se arrastra y, con cuidado de no levantarse mucho, vigila la montaña para asegurarse de que el Sai no venga. Le cuesta enfocar a lo lejos a causa de la luz, así que se da un tiempo para que los ojos se adapten.